

*Caja 322-n. 7384*  
*Caja 45-Nº 920*

EN LA CATEDRAL

DE

SANTIAGO

(FANTASÍA)



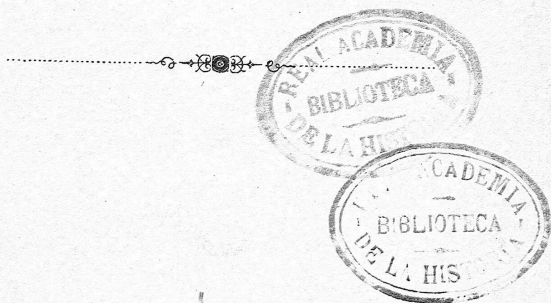
SEVILLA : 1887

G. Álvarez y C.<sup>ª</sup>, impresores de Cámara de S. M.  
calle Ximénez Enciso, núm. 29.



Leg. 57.

EN LA CATEDRAL  
DE  
SANTIAGO  
(FANTASÍA)



SEVILLA : 1887

G. Álvarez y C.<sup>a</sup>, impresores de Cámara de S.M.  
calle Ximénez Enciso, núm. 29.

A la Real Academia  
de la Historia

El Autor   




*Al distinguido literato*

**Sr. D. Emilio Villalga y Rodríguez,**

*en prueba de afectuosa amistad,*

*El Autor.*



---

# EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO

(FANTASÍA)

---

## I

Paseábame triste y pensativo  
    Por los claustros soberbios  
De la insigne Basílica que guarda  
Del Santo Apóstol los sagrados restos.

Era una tarde lúgubre de Otoño:  
    Con sus rayos postreros  
El sol hería las altivas torres,  
Dando á aquel sitio sin igual misterio.

Vagos, como las nieblas otoñales,  
    Eran mis pensamientos:  
Ya la historia del arte en cada piedra  
Mi mente fatigada recorriendo;

Ya los nombres de artistas recordando  
    Que con gloria supieron  
Orlar su frente del laurel divino,  
Al par su noble patria enaltecendo,

Mi espíritu entre dudas se agitaba,  
    Cual se agita, siniestro,  
El ronco mar en su insondable fondo,  
Si le combaten encontrados vientos.

¿Por qué, pensaba, de culpable olvido  
 Tras el oscuro velo,  
 Nombres sin fin de artistas eminentes  
 Se ocultan á los siglos venideros?

¿Por qué, acaso, á vulgares medianías  
 Aplaudes todo un pueblo,  
 Mientras el genio devorando pasa  
 Oprobios y desdenes en silencio?

De la humana injusticia en vano el móvil  
 Quise apurar sereno....  
 Para ahuyentar del alma estas ideas  
 A ráudo paso dirigíme al templo.

## II

Al cruzar del antiguo Santuario  
 Los gastados umbrales,  
 De solemne vigilia el canto místico  
 A la gigante cúpula elevábase.

Lentamente los cantos se extinguieron,  
 Y del órgano grave  
 Se confundieron las postreras notas  
 Con el rumor del pueblo al alejarse.

Desierto el templo todo miré en breve:  
 Tan sólo yo encontrábame  
 Bajo su inmensa mole de granito,  
 Cercado del silencio de la tarde.

Por vez primera en hora tan solemne,  
 Por sus extensas naves,  
 Elevaba mi espíritu al Eterno,  
 Prosternándome al pié de sus altares.

Con la oración calmáronse en mi pecho  
 Mis dudosos afanes;  
 Y admirar quise á solas las bellezas  
 Que allí esparcieron la piedad y el arte.

Mostráronse á mi vista poco á poco  
Cien obras inmortales,  
Expresión acabada de los genios  
Que vieron florecer otras edades.

Allí del imponente arte cristiano  
Contemplaba, extasiándome,  
En sublimes y múltiples creaciones  
Las diversas centurias destacarse.

Su expresión genuina cada siglo,  
En obras admirables,  
Mostraba allí, sin confundir con otros  
Su aspiración, sus bellos ideales.

Desde el severo bizantino al gótico  
De ligeros follajes;  
Desde el rico y gentil renacimiento  
Al plateresco estilo censurable,

La aspiración perfecta retrataba  
Del artista que darles  
Logró en sus líneas su carácter propio,  
Etapas de la historia de las artes.

¿Por qué, murmuré entonces, nuestro siglo,  
Que ilustrado proclámase,  
No muestra el genio que en el arte logre  
Fijar los rasgos que le den carácter?

Así pensaba ante el sublime Pórtico  
Que de la Gloria llámase,  
Del arte maravilla, poema en piedra  
Que acaso en sueños contemplára el Dante.

### III

¿Quién describir la obra portentosa  
Del insigne Maestro,  
A cuyo pié se vé su orante efigie,  
Pudiera, á no tener su mismo genio?

Del Redentor del mundo allí la imagen,  
 De rostro dulce y á la par severo,  
 Decir parece al pecador contrito:  
 «Ven á ampararte en mi llagado pecho.»  
 Allí el egregio Apóstol que á las huestes  
 De Castilla infundió valor guerrero  
 Para triunfar de la morisma impía  
 Con San Fernando y con Alfonso el Bueno,  
 Cual pobre peregrino, despojado

De marciales arreos,

Decir parece á los cristianos todos:  
 «Humillaos ante Dios, seguid mi ejemplo.»

Allí está de profetas la cohorte;  
 Allí también de espíritus angélicos  
 Las múltiples legiones, blandamente  
 Tañendo sus sonoros instrumentos,

O en himnos inmortales

Ensalzando al Eterno.

Más allá, de las almas redimidas  
 La multitud, que el celestial contento  
 Manifiesta al mirarse trasportada  
 En brazos de los ángeles al Cielo;  
 Y aun más allá, formando el semicírculo

De aquel arco siniestro,

El horror de las penas eternas  
 Con todos sus recónditos misterios;  
 El sempiterno rechinar de dientes

Y el crujir de los huesos;

El fuego inextinguible, que al que abrasa  
 Le da vigor para sufrir de nuevo;  
 Y los monstruos del vicio y la soberbia

Sirviendo de trofeo,

Al cuadro aterrador é indescriptible

Del espantable Averno.

Todo en traza perfecta y admirable,

En que el sin par Mateo

Unió al de Apolodoro y al de Fidias

De Apeles el ingenio,

Cautiva y avasalla de tal suerte

El corazón y al par el pensamiento,  
Que el que la dicha de admirar tal obra  
Consigue al visitar el sacro templo,  
Esplendor de Galicia, se figura

Asistir un momento  
Al drama compendiado de los siglos  
En la escena sin fin del universo.

---

A contemplar la creación sublime

De tan insigne Genio,  
Sentéme en tosco banco, que situado  
Se encontraba del Pórtico frontero.  
De admiración absorto, embebecido,

Ignoro cuánto tiempo  
Allí estuve, venturas inefables  
En el alma sintiendo.

En éxtasis acaso  
Alzábase mi espíritu á los cielos,  
Y en tanto que mi cuerpo se rendía

A vaporoso sueño,  
Otra vez en mi mente se agitaba  
De esta idea tenaz el sentimiento:  
«¿Por qué mi siglo, que orgulloso ondea  
La bandera invencible del progreso,  
No muestra el genio que feliz nos trace  
De un arte original el fiel modelo?

#### IV.

Tal meditaba: mas surgir de súbito

Contemplo ante mi vista  
Extraño personaje, que al mirarme  
Con desdén compasivo sonreía.  
En vano de su traje estrafalario

Definición precisa  
Pudiera dar, ni de su raro aspecto,  
Mezcla de histrión, de prócer y de artista.  
De Ricardo segundo en una pierna



La estrecha calza bicolor vestía,  
 En tanto que en la otra ancho gregüesco  
 Ostentaba, enlazado á la rodilla:  
 Sobre jubón de veludillo oscuro  
 Bordado casacón verde lucía,  
 Capa corta adornaba su hombro izquierdo  
 Del santo Apóstol con la roja insignia,  
 Que del cuarto Felipe y de Velázquez  
 Evocar la memoria parecía:  
 De un torero cubierta su cabeza  
 Estaba con la negra monterilla;  
 En ancho cinturón larga tizona

Llevaba suspendida,  
 Y atributos del arte y de las ciencias  
 Sus femeniles manos oprimían.

Sorprendido al mirarlo, una pregunta  
 Ya de mis labios tímida surgía,

Cuando él, adelantándose,  
 Con voz entrecortada por la ira  
 Así me apostrofó, de paso haciendo  
 De sus timbres grandiosa apología:

«¿Y eres tú, por ventura,  
 Miserable mortal, de los que adoran  
 De un pasado execrable la cultura  
 Y mis conquistas sin rival desdoran?

¿Tú el que ciego no admiras  
 De mis obras la mágica excelencia,  
 Y en esta edad feliz ¡necio! aun suspiras  
 De un genio original por la existencia?

Del siglo del Progreso  
 Yo soy el Arte: de su noble historia,  
 Contraria á todo humano retroceso,  
 Reflejo el esplendor: ¡vivo en su gloria!

¿Qué importa que no ostente  
 Estilo original en mis creaciones,  
 Si asumo lo pasado y lo presente  
 Y en lo futuro clavo mis pendones?

Del Griego y del Romano  
Logré imitar, con perfección más alta,  
De la línea severa el hondo arcano,  
La magestad que en su labor resalta.

Y Berlín y Estocolmo,  
París y Londres, Petersburgo y Viena,  
De mi artístico ardor vieron el colmo,  
Y de mi ingenio imitador la vena.

Alcé iglesias cristianas  
Que templos de Minerva parecían;  
Y cúpulas y torres musulmanas  
Que con la vieja Alhambra competían.

Y góticos castillos  
Tracé al rico, cercados de jardines,  
Y de flores preciosos canastillos  
Inventé para adorno en sus festines.

Elevé catedrales  
Aunque pequeñas, por contraria suerte,  
Y en pensiles vistosos é ideales  
Convertí las mansiones de la muerte.

Mas ésto aún era poco  
A mi soberbia aspiración constante:  
El mundo resumir quise en un foco,  
Y á mi afán contestó: SIGUE ADELANTE.

Y en inmenso palacio,  
Digno templo del arte y de la ciencia,  
Vencidos ví del tiempo y del espacio  
Los arcanos, la oculta resistencia.

Allí todas las razas  
Logré reunir por singular portento,  
Del arte universal todas las trazas,  
Y de todos unir el pensamiento.

¿Quién el laurel fulgente  
Pudo ostentar jamás de esta victoria?  
Triunfé de lo pasado en lo presente:  
¡Humíllate, mortal, ante mi gloria!

Así habló; y cual si fuera  
 La relación audaz de sus conquistas  
 Conjuro poderoso que á los muertos  
 Devolviese el acento con la vida,  
 Entre cárdenas nubes que en el aire  
 En breve se perdieron indecisas,

Dos seres misteriosos  
 Mostráronse á mi vista,  
 En cuyas frentes ondulante llama  
 Con vívido fulgor resplandecía.  
 Bello joven de rostro interesante  
 Y de mirada altiva

Era uno de ellos: sus viriles formas  
 Con fina y blanca túnica cubría,  
 Y clámide de púrpura ostentaba  
 De sus hombros prendida.

Era el otro un anciano venerable  
 De faz severa y digna,  
 Que al par admiración y alto respeto  
 Por su aspecto y sus años infundía.  
 Traje talar de monacal estilo  
 Con magestad llevaba, y recogida  
 La extensa cola en su siniestro brazo  
 Del manto escultural que lo envolvía.  
 Ambos mostraban en la mano diestra  
 De las más nobles artes las insignias;

Y de anteriores siglos  
 Largas filas de innúmeros artistas,  
 Cual cortejo de honor á su alto rango,  
 Con mesurado paso los seguían.

Aún antes que tornar de mi sorpresa  
 Pudiera, ante visión tan peregrina,  
 Adelantóse el joven, y extendiendo  
 La vista en derredor, con voz tranquila  
 Así del siglo del Progreso al Arte  
 En vigorosas frases respondía:

«Soy el Arte Pagano: si del Cristo  
 Ante la noble y colosal figura

Mi frente doblegué, aun hoy resisto,  
Y con mis reglas mi renombre dura.

Mas ¿qué podrás tú ser en lo futuro  
Si sólo vives de copiar lo ajeno,  
Y en trazo miserable y mal seguro  
A tu afán de imitar no pones freno?

Si alguna vez de original blasonas,  
Toda belleza y magestad declinas,  
Y filas de tugurios eslabonas  
Donde á la triste humanidad hacinas.

¿Cómo pudiste declarar que alteza  
Diste á mi estilo, al imitarlo osado,  
Si jamás comprendiste su grandeza,  
Ni la esbeltez de su gentil trazado?

Sólo ruínas de mi tiempo existen;  
Mas de tu vanidad para castigo,  
Del Foro las columnas aun resisten,  
Y es de mi gloria el Partenón testigo.

Rota en pedazos la infeliz Pompeya  
Aun entre el polvo admiración inspira,  
Y es del arte magnífica epopeya  
La columnata inmensa de Palmira.

Del romano buril nunca el oriente  
Imitarás, ni sus felices trazos;  
Y la Venus de Milo inútilmente  
De tí reclamará sus rotos brazos.

Refrena de tu orgullo la insolencia,  
Que en hado fatalísimo has nacido;  
Yo siempre viviré: de tu impotencia  
La losa sepulcral será el olvido.»

Calló; tan sólo el raro personaje  
Contestóle con cáustica sonrisa;  
Mas el viejo avanzó, tal pronunciando  
Con grave voz y locución sencilla:

«Mírame bien, oh tú, que haces alarde  
De resumir en tí la gloria entera  
De siglos anteriores, y cobarde  
No respondes á réplica severa.

Soy el Arte Cristiano: aun viviría  
De gloriosos laureles circuído;  
De juventud dichosa aun gozaría  
Si al mal no hubieras tu razón vendido.

No de la edad al agobiante peso  
Doblé la frente, ni tembló mi mano;  
Tan sólo del pesar al hondo exceso  
Cedí, y tornóse mi cabello cano.

¿Ignoras el motivo? ¡Ay! tu conciencia  
La causa te dirá de mis dolores....  
¿Qué hiciste ¡desgraciado! de mi herencia?  
¿Qué de la ardiente fé de tus mayores?

Ellos con su saber, con sus ejemplos  
De la gloria te abrieron el camino:  
¿Dó sus lienzos están? ¿Dónde sus templos  
De idealidad modelo peregrino?

En mercados do reina la impudicia  
Muchos de los primeros envejecen;  
Objeto los segundos de codicia,  
De la impiedad al golpe desaparecen.

¿Qué importa que de tales desafueros  
Tú el implacable ejecutor no seas,  
Si al sacrificio vas de los primeros  
Y en sus tristes ruínas te recreas?

¿Qué del Arte Pagano á las razones  
Pudieras replicar, si, en tu locura,  
Desprecias las sublimes tradiciones  
Que al arte dieron sin igual altura?

De extraña indumentaria y del realismo  
Adorador, esclavo del modelo,  
¿Cómo sentir la luz del idealismo  
Pudieras, si jamás miras al cielo?

Yo también, como tú, vime retado  
Del Paganismo en desigual combate,  
Y ante mi firme ardor cayó aterrado,  
Cual cedro altivo que el Simoun abate?

A sus grupos de genios y de diosas,  
Do el carnal impudor surge y palpita,  
De mártires y vírgenes gloriosas  
Opuse la legión, que á orar incita.

Y á su turba de dioses despiadada  
El Dios de caridad, que ama y perdona,  
Y la Reina del Cielo inmaculada  
A su impúdica y torpe Salambona.

Y sus templos de rica arquitectura  
Contrasté con severas catedrales,  
Do el alma, lejos de la tierra impura,  
Gozaba de venturas celestiales.

Do quier que el Gentilismo levantaba  
Su pendón de lascivia y de impureza,  
Su ominoso poder contrarestaba,  
Humillando su astucia y su fiereza.

Pero tú, que ni al Griego ni al Romano  
Llegas en la invención ni en la estructura,  
Ni sientes el espíritu cristiano  
Que dió á mis obras mística dulzura,

Tú ¡infeliz! al entrar en competencia,  
Por tu adversario te hallarás vencido:  
Dictó el Arte Pagano tu sentencia:  
TU LOSA SEPULCRAL SERÁ EL OLVIDO.»

Dijo, y aplauso atronador alzando  
La artística legión que le seguía,  
Cual fragor de huracán en denso bosque  
Retumbó por las bóvedas altivas.  
A rumor tan insólito volviendo  
De mi extraño sopor, tendí la vista  
En torno mío y por el centro oscuro  
De la egregia Basilica....

Desiertas vi sus naves, que la noche  
Con manto de tinieblas encubría:  
De una lámpara sólo la luz ténue  
    Que ante ei ara bendita  
De la Madre del Verbo centellaba,  
De las sombras el fondo interrumpía;  
Y la luna, que, en marcha perezosa,  
    Tras de la enhiesta cima  
Del Pedroso su faz ya en occidente  
Reclinaba, con débil rayo hería  
Del Salvador la imagen, nuevo encanto  
Prestándole su luz suave y tranquila.  
¿Fué aparición lo que mis ojos vieron?  
¿Fué ilusión de mi ardiente fantasía?  
Lo ignoro; pero trémulo, agitado,  
    Doblando las rodillas  
Ante la efigie del divino Verbo,  
Exclamé con fervor y alma contrita:  
«¡Señor...! A tu palabra omnipotente  
    No hay nada que resista,  
    Y es tu misericordia,  
    Cual tu ser, infinita:  
Haz que la antorcha de la Fe sagrada  
En mi patria jamás, jamás se extinga:  
Mientras su luz consoladora alumbre  
Existirán el arte y la poesía.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.



